

× DOS ×

COSAS IMPROBABLES

(o Las propiedades
sedativas de
los guisados de frijoles
y abrazos
de lado)



Sala de interrogación N° 2

Madeline Falco y detective H. Bundle

19 de diciembre // 3:53 p. m.

El detective Bundle es una nube atómica personificada. Sus pies son angostos, sus tobillos, delgados, sus piernas, finas; lleva un cinto en la cintura y luego, PUM, el estómago explota como un hongo nuclear que se expande sobre él, tanto que no se alcanza a ver la hebilla. Su pecho amplio, cuello corto y relleno, y el rostro enrojecido y sudoroso no hacen más que acentuar el contraste.

—¿Lo dejaste dónde? —pregunta.

—En Babushka. Bueno, en la parte trasera de Babushka.

—¿Por ese, como se llama...? —revisa los papeles frente a él—. Chute.

Me muevo ligeramente en mi silla. Los magullones en mi espalda, cadera, brazo izquierdo y rostro se hacen notar muy profundamente, como si mis propios huesos hubieran sido tatuados.

—¿Está seguro de que Jamma está bien? —pregunto.

—Madeline, ya pasamos por esto.

—Lo sé, pero ella se confunde.

—Mientras hablamos, tu abuela está recibiendo el mejor cuidado posible en el centro Regional Bergen, ¿de acuerdo?

—¿Y promete que no es una completa basura?

Bundle levanta una mano como si estuviera haciendo un juramento.

—Llevé a mi propia madre allí cuando tuvo culebrilla. ¿De acuerdo? Ahora, háblame del Chute.

—Honestamente, ¿cómo es que usted *no* sabe del Chute?

—Bien, ¿cómo es que *tú* sabes de él, entonces?

–Pero si se lo estoy diciendo, hombre, todos saben del Chute. Espere, usted... ¿acaba de mudarse aquí o algo?

–Madeline.

–¿Qué?

–¿Por qué te molestaste en presentarte aquí si lo único que haces es andar con rodeos?

Para este momento, probablemente Baz se encuentre rezando en una celda cercana, su única esperanza puesta en nuestra capacidad de contar la historia con veracidad, mientras que Zuz, Coco y Jamma cuentan con nuestra capacidad de contar la historia lentamente. Esta es la cosa: en un diagrama de Venn en el que el conjunto A = [Decir la verdad] y el conjunto B = [Ganar tiempo], la intersección es terriblemente estrecha. Pero si las cosas van de acuerdo con el plan, aquí es donde Vic y yo pasaremos la mayor parte del día.

–Tiene razón –asiento, con un suspiro dramático, recordando todos los clichés que los sospechosos dicen al estar bajo la mira–. Dios, esto es difícil. De acuerdo. La razón por la que estoy aquí es...

El detective Bundle extiende las manos sobre la mesa y se desliza hasta el extremo de su asiento, su silla cruje bajo semejante masa.

–Quería saber si tiene goma de mascar –digo más cerca de la grabadora. Bundle suelta un fuerte suspiro, con el rostro rojo como una fresa.

–Madeline, esta tarde tú y Vic entraron aquí junto con Baz Kabongo, los tres olían como si acabaran de salir de un tornado de heces...

–Se lo dije, hay una buena razón para eso.

–... e insistiendo en la inocencia de Kabongo, un hombre con medios, motivo, una historia de violencia, un hombre cuyo ADN fue encontrado en el arma homicida. Es evidente que eres leal a él, y respeto eso, aunque sea algo equivocado. Sabemos que tu tío era violento. Tienes

heridas por todo tu rostro, has estado retorciéndote de dolor desde que te sentaste, así que, ¿qué fue, defensa propia? Kabongo intentó evitar que tu tío siguiera golpeándote, ellos pelearon, y Baz mató al hombre. Solo di la palabra *defensa propia* y Kabongo tendrá un trato, lo prometo.

–Pero ¿*defensa propia* es una palabra?

–¿Sabes qué? –Bundle niega con la cabeza–. Al demonio. Si dependiera de mí, les hubiéramos pateado el trasero a ambos desde el comienzo. La sargento Mendes dice que tu chico, Vic, asegura que los dos estuvieron allí, en la casa, cuando Kabongo cometió el hecho. Ahora, si eso es verdad, Madeline, eres testigo de uno de los asesinatos más siniestros del que he sabido, leído o visto los resultados. Sin mencionar que le ocurrió a tu propio tío.

–Me alegra que esté muerto.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

–Eso es posible. Pero si Vic dice la verdad, si viste lo que pasó y no nos dices *exactamente* lo que viste, no te enfrentarás a un mundo de problemas, te enfrentarás a todo un universo –vuelve a apoyarse atrás en su silla, mete una mano en su bolsillo, extrae algo y lo arroja sobre la mesa–. Aquí tienes tu maldita goma de mascar.

Me quedo mirando la goma sobre la mesa por diez segundos. Durante ese tiempo se me ocurre que, hasta hace unos minutos, yo estuve lanzando los golpes en la entrevista, pequeños ganchos aquí y allá, esquivando o absorbiendo los escasos ataques de mi oponente. Pero lo juzgué mal. El detective Bundle no es débil. Estuvo ganando su propio tiempo, esperando el momento para lanzar un golpe para el knockout.

Evito la goma de mascar y, en cambio, tomo el vaso de agua que había ignorado hasta ahora. El líquido se siente bien en el corte de mi lengua, claro y reconfortante. Dejo el vaso y me aclaro la garganta.

—¿Qué hora es?

—Apenas pasadas las cuatro —responde mirando su reloj.

En mi mente, la voz de Baz tiene el mismo efecto que el agua en mis labios: clara y reconfortante. *Deja que piensen lo que quieran. Pero no mientas.*

Es momento de contar mi historia, con un diagrama de Venn estrecho o no.

—La razón por la que llevé a Vic a Babushka es porque su dueño es un Capítulo anterior.

(SIETE días atrás)

[MAD] El sol de la mañana brillaba a través de la puerta trasera de Babushka, sus rayos se extendían como tentáculos por la habitación. Aunque no llegaban hasta abajo de la mesa, en donde Vic yacía dormido en posición fetal, enrollado alrededor de su mochila, como si la protegiera de un maremoto.

—¿Está muerto? —preguntó Coco, que apenas tenía que inclinarse para poder ver debajo de la mesa. Estaba rascando el fondo de su envase de helado con la cuchara tras haber acabado con todo el contenido. Era poco antes de las once de la mañana—. ¿Qué hay con toda esa sangre? —preguntó, con la boca llena y un aro de chocolate alrededor de sus labios—. Es decir, parece muerto, ¿cierto? ¿Piensan que está muerto? Si no lo está, de seguro es de los que se levantan tarde. Esperen, ¿por qué está aquí, otra vez?

Coco hacía preguntas al ritmo que la mayoría de las personas respiran.

—Te lo dije —respondí—. Me lo encontré junto al río. Dijo que necesitaba un lugar donde quedarse.

A mi lado, Zuz dejó en el suelo la bolsa con provisiones que acabábamos

de comprar. Era delgado, pero fuerte, y nadie lo contradijo cuando insistió en llevar la bolsa. Yo comí lo que quedaba de mi muffin de arándanos y bebí mi café, mientras Baz se acercaba a Vic. Dejó el café sobre la mesa, se agachó y tocó el brazo del chico con delicadeza.

–Levántate y anda, hombrecito.

Vic se levantó de un salto y se golpeó la cabeza contra la parte inferior del escritorio.

–¿Por qué estás cubierto de sangre, chico? –preguntó Coco–. Y no me mientas, soy de Queens.

Vic se miró a sí mismo, aún frotándose la cabeza. Tenía sangre seca en los costados de sus pantalones. Solo entonces lo vimos: un pequeño hilo rojo llegaba directamente por el suelo, desde debajo de una de las carcacas de cerdo hasta donde él había estado durmiendo.

–¡*Frak!* –murmuró Coco y arrojó el envase vacío a la basura.

–Coco –la regañó Baz.

–Oye, lo siento, pero es la cosa más grotesca que jamás haya visto.

Vic salió de abajo del escritorio, arrastrando su mochila detrás de sí. Enroscó el cable de sus auriculares alrededor de su iPod y lo guardó en uno de sus bolsillos.

Yo tomé el último muffin de la bolsa y se lo ofrecí.

–Toma. Hay café también, si quieres –del otro lado de la habitación, se abrió una puerta y Norm entró.

–Ignórenme, ignórenme –dijo mientras arrojaba la correspondencia sin abrir sobre su escritorio–. ¡Ajá! El niño pequeño conoció a mis amigos, ¿verdad?

Vic bajó la vista a sus botas.

–¿Así que eres el nuevo Capítulo? –preguntó Norm tras darle una palmada en la espalda.

—¿El, em, qué?

—¿Él no lo sabe? —Norm nos miró, con el pulgar apuntado a Vic.

—Gracias por tu hospitalidad, en verdad. Eres un fiel amigo —Baz rodeó al fornido ruso con un brazo y lo guio de vuelta al otro lado de la habitación.

El pecho de Norm se infló, su sonrisa se extendió de oreja a oreja y volteó a mirar a Vic.

—Estas son buenas personas, niño pequeño. Muy buenas personas. Tú, escúchalos, ¿sí? Ellos te ayudarán.

Norm desapareció con un *okidoki*. Vic miró a su alrededor, aceptó el muffin y, cuando Baz le ofreció un café, lo tomó con un leve agradecimiento.

—Muchachos —dije—. Este es Vic. Vic —señalé a los demás alrededor—, conoce a Baz... su hermano, Nzuzi... y Coco.

Vic saludó a todos con la cabeza y, cuando fue evidente que esperaba a que nosotros habláramos primero, Baz lo hizo:

—Me disculpo por hacer esto de prisa, pero llego tarde al trabajo. Normalmente, me gustaría escuchar algo más sobre tu situación, tus metas, pero eso tendrá que esperar. Tengo dos preguntas para ti y la única respuesta equivocada es una mentira. Primera: ¿necesitas ayuda?

No mucho tiempo atrás, Baz me había hecho la misma pregunta. Poco después de haberme mudado con el tío Les, me habitué a escabullirme por la puerta trasera del Cinema 5 en Bergenfield. Era de estilo antiguo, increíblemente descuidado, perfecto para lo que yo necesitaba: un escondite. Algunas veces hacía mi tarea, algunas veces miraba la película que estuvieran pasando, pero normalmente solo me recostaba a dormir en la última fila. Fue durante una de esas siestas cuando escuché las palabras...

–Necesitas ayuda –repitió Baz en el presente.

Vic se frotó la cabeza en el lugar donde se había golpeado con el escritorio y asintió lentamente, como si aún estuviera considerando la pregunta.

–Necesito que lo digas –Baz entornó los ojos.

–Sí –respondió Vic–. Necesito ayuda.

Recuerdo el calor que solía hacer en el Cinema 5, cómo me levantaba las mangas; y eso siempre me hacía sonreír, porque era un lujo poder levantarme las mangas, sabiendo que nadie podría ver los magullones. Como de costumbre, me había quedado dormida y, cuando desperté, ahí estaba él, un empleado que sujetaba una aspiradora y me preguntaba si necesitaba ayuda. Yo aún estaba bajo la neblina del sueño, pero no estoy segura de que eso tuviera importancia. Sí, respondí. Y luego llegó la segunda pregunta...

–¿Has lastimado a alguien? –preguntó Baz.

Vic tomó un trago de su café y dijo exactamente lo mismo que yo cuando Baz me lo preguntó...

¿A qué te referes?

El empleado se había quedado helado, con la aspiradora en la mano, y yo me pregunté si debería estar asustada. Honestamente no podía recordar qué sentí entonces, porque en lo que terminó no era muy lejano al miedo: llegué a amar a Baz. Era un amor extraño, algo entre el amor a un hermano, a un padre, a un párroco, a un amigo de la infancia.

–Me refiero –continuó Baz–, a si... ¿has lastimado a alguien?

Vic dio un trago de su café, sosteniendo la taza con las dos manos, como si estuviera concentrado en no derramar nada.

–No –respondió. Fue en voz baja, pero contundente.

–Bien –Baz asintió–. Puedes quedarte con nosotros si quieres. Vivimos

en una plantación en New Mildford. Es una larga caminata, lo sé, pero es cálido y tenemos comida. Es tu decisión, por supuesto, pero necesito una respuesta ahora.

Era una extraña oferta pero, una vez hecha, normalmente era respondida con un rápido sí. La mayoría de los nuevos Capítulos estaban en tales apuros que no necesitaban que los persuadieran, pero con Vic tomó un poco más de tiempo. Nos miró a todos, su respiración en largos y parejos períodos, su cráneo casi transparente; estaba considerando las ideas.

–De acuerdo –dijo finalmente.

–Fantástico –respondió Baz–. Nzuzi, Mad, Coco, ¿pueden llevar a Vic al invernadero? Hagan que se instale, que se asee.

–Ah, yo no puedo –respondí–. Iba a... la biblioteca.

La verdad era que estaba planeando ir a ver a Jamma, tal vez quedarme algunos días. Baz se quedó de pie en la puerta, mirándome. No hacía falta que él dijera nada.

–Bien –agregué.

–Gracias. Salgo a las cinco. Podemos encontrarnos en Napoleón entonces y hablar de nuestro nuevo Capítulo –luego le dijo a Vic–: Ellos te mostrarán el lugar. Siéntete como en casa –luego a Zuz–: No olvides la bolsa de Gunther –y luego a Coco–: Sin maldecir. Buen comportamiento.

Y desapareció.

Nos quedamos de pie en un silencio incómodo por unos segundos, hasta que Zuz chasqueó los dedos dos veces, levantó la bolsa y se dirigió a la puerta.

–Diste en el blanco, Zuz –comentó Coco, mientras lo seguía afuera–. Seremos *frakking* niñeras todo el día.

Miré a Vic y negué con la cabeza.

–No les hagas caso. Siempre les toma un tiempo acostumbrarse a los nuevos –Vic acomodó el peso de su mochila sobre sus dos hombros.

–¿Qué hay con la palabra *frak*?

–Ah, bueno. ¿Alguna vez viste *Battlestar Galactica*?

Vic negó con la cabeza.

–Tuvimos un Capítulo una vez que estaba obsesionado con la serie. Supongo que en su versión en inglés todos decían *frak*, en lugar de *fuck*; Coco solía tener un problema con las groserías, y Baz es un tanto riguroso. Como sea, este Capítulo, él sugirió que Coco adoptara las falsas palabrotas de *Battlestar*.

–¿Y qué es un Capítulo? –continuó Vic.

Sonó como si hubiera estado pensando en la pregunta, guardándola para cuando fuera el momento correcto de preguntar, solo para acabar largándola con excesivo entusiasmo.

–Dejaré que Baz te lo explique. Es un largo camino hasta New Milford. Deberíamos irnos.

Juntos, atravesamos las profundidades de la habitación trasera de la carnicería, hasta las calles blancas del invierno en Hackensack. Y yo intenté recordar cuándo había sido la última vez que sentí los pensamientos de una persona tan tangibles, flotando, danzando y arremolinándose en el aire como la nieve por la que caminábamos.

[VIC] Mis dos abuelos paternos murieron de ataques cardíacos en abril.
En el mismo abril.

Las personas nos llamaban para decir que estaban rezando por nuestra familia, o que nos enviaban sus buenos deseos. Las personas nos traían

guisados de frijoles. Las personas nos apretaban el hombro y abrazaban de costado. (Los abrazos de lado son una terrible basura. Abrazame o no. La indecisión es un gran problema para mí). No lo sé. Cuando la gente piensa en *consuelo*, supongo que piensa en esas cosas. Como sea, ese abril nuestra casa no estuvo llena de gente. No estuvo llena de amor o de sentidas condolencias o de buenos deseos. Ese abril nuestra casa estuvo llena de guisados de frijoles y abrazos de lado.

Todo el asunto en verdad afectó a papá. Pero qué se puede hacer. Sus padres murieron el mismo mes, de lo mismo. Esa basura es dura para cualquiera, especialmente para alguien que piensa con el corazón, como él.

Solíamos visitar a mis abuelos con regularidad; estar allí era como estar atrapado en una casa llena de amantes. (Papá nunca podía mantener sus manos fuera de mamá y no era un misterio de dónde lo sacó). Mis abuelos se hubieran mezclado muy bien en el sector de ciencias de mi escuela, entre todos los demás adolescentes toquetones. Lo que era en verdad llamativo, porque mis abuelos crecieron en la época en que esposo y esposa dormían en camas separadas y se llamaban entre ellos *Madre* y *Padre*, y cosas así.

Mis abuelos se llamaban entre ellos *Joe* y *Helen*. Y, a pesar de la época en que habían crecido, dormían en la misma cama.

Mis abuelos eran verdaderos Súper Caballos de Carreras.

Pero sí, era bastante asqueroso. Y en verdad, no había mucho que yo pudiera hacer en su casa, más que lo siguiente:

1. Contemplar la pared cubierta de fotografías de mi papá, desde el nacimiento hasta los treinta años. Las imágenes progresaban cronológicamente, así que de verdad podía ver a papá crecer frente a mis ojos. Me recordaba esos dibujos de siluetas que ilustran la evolución del simio al hombre.

2. Esperar las tres campanadas del reloj cucú de la sala, mientras observaba cómo mi abuelo se quedaba dormido totalmente derecho en su sofá preferido.
3. Dejar que me patearan el trasero en la mesa de billar de abajo. (Todos en mi familia eran expertos en el billar. Yo apestaba en el billar).
4. Contar tazones de flores secas alrededor de la casa. (Veintisiete. Había veintisiete. Veintisiete tazones. De flores secas).
5. Observar a todos a mi alrededor tocándose unos a otros. (Como adolescentes toquetones en el ala de ciencias de la secundaria Hack).

Mis abuelos vivían en un pueblo pequeño, en las afueras de Hackensack, llamado New Milford. Solo para salir de la casa, llena de impulsos sexuales de ancianos exacerbados, salía a dar largas caminatas. Las llamaba *excursiones suburbanas*. Y llegué a conocer las calles bastante bien. Mi lugar favorito era un viejo muro de piedra, al otro lado de la calle de un cementerio desarreglado, que era hermoso de una forma descuidada, cinematográfica. Grandes árboles cubiertos de musgo extendían sus ramas, enredaderas y follaje, que colgaban sobre lápidas dispersas. Solía sentarme sobre el muro de piedra y pensar: *Sí. Está bien. Podría ser enterrado aquí.*

Y, en el terreno junto al cementerio, había una plantación. Media hectárea de plantas bien cuidadas, flores y árboles, que resultaba mucho más inmaculado considerando su proximidad con el desastroso cementerio mohoso. Un estrecho canal recorría la plantación; un puente de madera cubierto de maleza lo cruzaba en medio. Había un enorme granero con un letrero que decía TIENDA DE REGALOS, una vieja construcción colonial de dos plantas, con humo que salía de la chimenea y, detrás, una hilera de invernaderos.

En ese abril trascendental, enterramos a mis abuelos en el cementerio junto a esa plantación. La abuela fue la segunda y, durante su funeral, papá se detuvo junto a las lápidas de sus padres, miró la plantación vecina y juró que los visitaría al menos una vez a la semana. Y, durante algunos años, lo hizo.

Y luego se enfermó.

Y luego murió.

Y ese fue el final de sus visitas a sus padres, ambos fallecidos de ataques al corazón durante ese abril trascendental. (Fue el fin de muchas cosas. De casi todo, en realidad).

Era muy probable que seguir a esos chicos fuera una muy mala decisión. Ciertamente, no pensaba decir que sí a la extraña pregunta de Baz. Hasta que...

Vivimos en una plantación en New Mildford.

En ese momento, y es probable que me equivoque con esto, lo vi como algo más que la oportunidad de reunir a mi papá con sus padres muertos. Lo vi como una señal. Lo vi como si fuera mi papá que me guiaba en la dirección correcta.

Mientras caminaba por la calle River, mi mochila de pronto se sintió un poco más ligera.



—¿Estás bien?

Salí de mi Tierra de Nada, para encontrar a Mad, dada vuelta hacia mí, mirándome.

—¿Qué? —pregunté.

¿Qué?

La palabra más vaga.

—Pregunté si estás bien.

—Ah. Sí, gracias —respondí.

Los chicos tenían su propio ritmo. Nzuzi iba al frente, usando la bolsa de provisiones como barrera entre su rostro y la fuerte nieve; justo detrás de él, Mad llevaba a Coco de la mano, manteniéndola cuidadosamente del lado opuesto al tránsito de la calle River. Juntos me recordaban a una bandada de gansos, moviéndose unidos a ciegas, y no puedes comprender cómo los gansos saben cuándo o dónde girar, pero lo hacen. Y crees que debe ser un milagro.

Yo iba atrás, secando mi hocico pinchado e intentando no sentirme como el rezagado con el ala rota.

El cabello rubio de Mad daba latigazos en el viento, y debajo de su gorro amarillo y bajo la luz blanca del invierno, lucía como una rebanada de limón fresco, o como la estela de una bengala en la noche. Mi pobre cerebro de pensador del corazón estaba lleno de frívolos pensamientos sobre Mad. Pero no había posibilidades de que ella me viera como yo la veía. Lo más probable era que ella me viera como *yo me veía* a mí mismo.

Soy un niño pequeño.

Bebí el final de mi café, que ya estaba tibio y, en poco tiempo, giramos hacia el río Hackensack, en donde se abría un campo con un letrero que decía DESEMBARCADERO HISTÓRICO DE NEW BRIDGE. Había estado ahí antes, años atrás, en una excursión escolar. Era el escenario de una batalla de la Guerra de la Independencia, tenía algunas casas protegidas dispersas por allí. Bajé la vista, para ver nuestros pasos en la nieve, y pensé en cómo debió haber sido en ese entonces y lo extraño de que hubiera ocurrido *ahí*.

En ese paso.

Y en ese.

Limpié la nieve de mis mejillas e intenté que no vieran mis ojos. Eso era clave. Si veían mis ojos, sabrían que me afectaba. Busqué mis auriculares en el bolsillo lateral de mi mochila, con mi corazón vacío que rogaba que las sopranos altísimas lo llenaran. Paso, paso, paso, *play*; ahora, a desaparecer por completo en otro mundo.

En ese mundo, todos me dejaban en paz.

En ese mundo, yo no era una siete billonésima parte de la población mundial.

En ese mundo, yo era un cuarto de la población mundial: éramos papá, las sopranos y yo.

En ese mundo, planeábamos a través del cielo y las nubes, por sobre todo, sin una preocupación en el mundo, los más milagrosos gansos, tocando las almas de esos extraños y adorables pensadores de corazón.

En ese mundo, mi ala estaba sana.

[MAD] No sabía qué era lo que estaba escuchando Vic, pero ciertamente yo deseaba que tuviera el volumen más alto.

[VIC] –Directo al fondo –dijo Coco mientras levantaba la base de la cerca metálica. Mad ya había pasado por debajo y estaba sujetando la bolsa de provisiones que Nzuzi le había pasado por encima. Al otro lado de la calle, vi mi antiguo puesto: el muro de piedra, la higuera. Sentí la presencia de ese pequeño cementerio, me pregunté cuántas veces papá lo había visitado y si alguna vez él habría estado en la plantación.

–Amigo –agregó Coco–. ¿Estás bien?

–¿Qué?

–Rayos, muévete, niño –insistió ella, señalando bajo la cerca.

La niña, al parecer, tenía pocas pulgas.

–¿Qué edad tienes, exactamente?

–Yo tengo once –dijo ella–. Pero son como veintiséis en años de Queens.

–De acuerdo. Bien.

Pasé mi mochila sobre la cerca y me estremecí cuando Mad la dejó caer descuidadamente al suelo. Luego de arrastrarme bajo la cerca metálica, sacudí la nieve de mi pecho y de mis piernas, eché un vistazo dentro de la mochila (por fortuna la cinta en la tapa de la urna era fuerte) y seguí a los demás por un sendero de rosales secos y espinosos.

–¿Qué tienes ahí dentro? –preguntó Mad–. ¿Una bala de cañón?

Dejé que las palabras flotaran en el aire, las dejé allí.

–Bueno, lo que sea –continuó y señaló a mis pantalones ensangrentados–. Espero que tengas una muda de ropa.

Estaba a punto de preguntar qué clase de chico lleva una muda de ropa en su mochila, cuando recordé que yo lo hacía; de hecho, tenía mis pantalones preferidos. En invierno, el gimnasio de la secundaria Hack llegaba a ser increíblemente frío, por lo tanto el profesor de educación física nos permitía llevar nuestros propios pantalones deportivos, en lugar de pantalones cortos.

–La tengo, de hecho.

–Bien. Después de que nos instalemos, te mostraré dónde puedes cambiarte y lavarte.

La nieve estaba alta a ambos lados del sendero. Había canales angulosos formados a un lado y al otro del terraplén, donde alguien había paleado

la nieve recientemente. Se sentía raro caminar por un lugar que solo había admirado a la distancia. Miré el puente de madera, en el que había un letrero que decía: CANAL DEL PEZ DORADO. Entre los listones de dos por cuatro bajo mis pies, un pez dorado gigante nadaba tranquilamente por el angosto canal.

El Canal del Pez Dorado era un lugar muy literal.

Una vez del otro lado, Nzuzi se apresuró hacia la única casa en el lugar; la vieja construcción de estilo colonial de dos plantas. Los demás esperamos junto al puente mientras él dejó la bolsa de provisiones en la entrada, tocó la puerta y volvió hacia nosotros.

–Vamos –dijo Mad con un escalofrío y nos guio por una hilera de invernaderos.

Había algo al estilo de Oz en todo el lugar, como si hubiera atravesado un portal y hubiera sido transportado a un mundo extraño con un conjunto de reglas inexplicables y un grupo de niños osados, salvajes y sin padres. (Así que sería Oz con un toque del País de Nunca Jamás, supongo). Aunque esos chicos eran efectivamente desamparados, tenían un aire de orgullo y podía ver por qué. Al igual que Oz, la plantación era hermosa y elegante en su estilo extraño. La mayoría de las plantas estaban secas pero, aun así, se sentía como un frondoso jardín botánico, como si el exterior de la plantación fuera incapaz de reflejar su interior.

La plantación me recordaba a esto: el joven corazón de un hombre mayor.

Mad se detuvo frente al invernadero más pequeño, añadido al fondo, como una idea de último momento, de la mitad del ancho del que tenía a su lado. Más que un invernadero, era como la nota al pie de un invernadero. Más que el primer plato, las sobras.

Lo amé desde el vamos.

–Bienvenido a casa –comentó Mad. Una oleada de calor golpeó mi rostro en cuanto abrió la puerta. Los chicos entraron en fila, se quitaron los abrigos, los colgaron en un perchero y caminaron por el pasillo central.

Estaba equivocado.

El lugar era más extraño que Oz.

Mientras que la primera mitad estaba llena de las cosas típicas de un invernadero (hileras de vegetación florecida sobre mesas altas hasta la cintura y plantas en macetas, que colgaban de las paredes curvas), la mitad trasera me recordó a una película postapocalíptica que vi una vez, sobre una familia que vivió en un refugio antibombas por unos siete años.

Había estanterías, por empezar. Conté cinco de ellas, llenas de frutas y vegetales enlatados, bolsas de nueces, patatas fritas, carne seca, botellas de agua, pilas de libros, discos de vinilo y un viejo tocadiscos. Había un calentador que estaba soplando desde la pared del fondo; justo debajo, cuatro bolsas de dormir estaban extendidas en el suelo, de un modo ordenado, con una almohada en cada cabecera. Había un sofá verde en el lado opuesto, con una mesa de café frente a él (como si esa fuera una sala perfectamente normal, gracias por venir). Sobre la mesa había una baraja de cartas y una lámpara. Detecté un tomacorriente debajo del calentador y un dispositivo múltiple para la lámpara y el reproductor de música.

–¿Qué hay del dueño? –pregunté–. ¿O... encargado de la plantación, o lo que sea? El hombre que vive en la casa.

–A Gunther no le importa –respondió Mad mientras extendía las manos frente al calentador–, mientras que hagamos sus compras y le traigamos provisiones para que él nunca tenga que salir del lugar. Al parecer, ganó la lotería hace décadas y decidió que podía despedirse de la atención al cliente. Las personas dejaron de venir a esta plantación y Gunther dejó de salir de ella.

–¿Y qué hay de la escuela?

–Gunther es demasiado viejo para ir a la escuela –bromeó Coco y se echó a reír-. ¡Ja! –siguió riendo mientras tomaba una taza de puré de manzana de un estante, la abrió y usó dos dedos para llevárselo a la boca-. Como sea, Mad ya terminó la escuela, Baz trabaja en el Cinema 5, esperando hasta que él y Zuz tengan su servicio de taxis en funcionamiento –Nzuzi, que estaba decidiendo qué disco tomar de la estantería, chasqueó los dedos una vez-, y faltó yo. Y soy huérfana.

–¿Y?

–Y los huérfanos no van a la escuela, tienes que tener una mamá y un papá que firme porquerías. Además de una dirección. ¿Qué se supone que escriba: “Invernadero once a la derecha, Plantación Maywood, New Milford”? Podría agregar “Armario bajo las escaleras” ya que es donde estoy. Es una escuela pública, no Hogwarts. Me echarán del edificio a carcajadas.

–Hogwarts es sin dudas lo mejor –comentó Mad.

–Ah, sí, Hogwarts es lo mejor –asintió Coco.

–Con sus empanadas de Cornualles, tartas de melaza y todo.

–Ni siquiera sé qué rayos es una empanada de Cornualles y aun así, quiero una.

Nzuzi chasqueó los dedos una vez, sacó un disco del Estante de Cosas Improbables, lo colocó en el tocadiscos y bajó la aguja. Tras el primer zumbido de ruido blanco, la música comenzó, y Nzuzi se puso a bailar. Con sorprendente agilidad, flexionó los brazos, inclinó la cabeza a un lado y chasqueó los dedos con cada compás. No era sincronizado, era autorizado. Como si cada parte de su cuerpo le hubiera dado permiso a las demás partes de su cuerpo para volverse locas al mismo tiempo.

Nzuzi era un experto en el bailoteo.

–*Don't stop believing* –dijo Coco y acabó con los restos del puré de manzanas–. La favorita de Zuz. Oye, Zuz, ¿tienes hambre?

Sin dejar de bailar, Nzuzi chasqueó una vez. Coco tomó del estante una taza plástica de duraznos y se la lanzó. Él la atajó en medio de su danza, le quitó la tapa y atacó.

Yo era de la clase de chico mitológico, inocente, legendario y adorable. Necesitaba una historia. Necesitaba saber. Necesitaba un *origen*. Tenía como mil millones de preguntas y planeaba hacer una detrás de la otra hasta que alguien me cerrara la boca.

–¿Y qué hay de los chasquidos? –pregunté, como un buen punto de partida, si es que lo había.

–Un chasquido significa sí; dos, no. Zuz tiene mucho que decir, solo debes saber escuchar –respondió Coco. Tiró su taza plástica en un cesto cercano, se echó hacia atrás y abrió los brazos–. Así que, ¿qué te parece, niño? Un lugar adorable, ¿verdad?

Ya estaba cansado de ser llamado “niño” por una chiquilla de once años.

–Mi nombre es Vic –dije–. O *Victor* está bien.

–¿Victor, como en “al vencedor pertenecen los despojos”? –Coco soltó una estridente y jugosa risa, con pequeños restos del puré de manzana que volaban de su boca–. Tal vez podemos llamarte *Despojos*. ¿Qué te parece eso?

Coco siguió hablando, pero realmente no podría decir sobre qué. Mad acababa de quitarse el gorro de lana, por lo tanto, a mí se me acababan de salir los ojos.

Me había mostrado la cicatriz al costado de su cabeza la noche anterior, pero aun así me encontraba totalmente incapacitado en ese momento, como si se hubiera saltado la térmica de mi vida y alguien acabara de recomponerla. De un lado, su cabello era largo, ondeado, revuelto,

exactamente como lo imaginaba; del otro, estaba rasurado hasta la sien. No por completo, sino rapado, un corte por entero al estilo punk de la costa oeste. El cabello llevaba a los ojos, que llevaban a sus labios, que llevaban a, que llevaban a, que llevaban a...

Mad era un mapa.

Y yo era Magallanes.

Fijé mi curso, soñando con territorios inexplorados y los tesoros por encontrar en cada valle y grieta. Soñé con los sensuales y empinados montes y con escalar hasta sus cimas.

—Puedes dormir ahí —dijo Coco con tranquilidad.

Soy un Súper Caballo de Carreras.

—¿Qué? —dije sin aliento.

—El sofá —respondió señalando a Mad. Me quedé ahí de pie, como un abrazo de lado, preguntándome si el sofá venía con la chica—. Los Capítulos van al sofá —agregó Coco mientras le arrojaba una bolsa de carne seca a Mad.

—¿Y qué es un capítulo exactamente? —respiré profundo.

—No un capítulo —corrigió Coco—. Capítulo. Con C mayúscula.

—¿Cómo sabes que no lo dije con C mayúscula?

—Lo noté en tu voz.

Nzuzi tomó una regadera metálica y recorrió los pasillos de plantas bailando, regando las plantas mientras avanzaba.

—Bien, de acuerdo —aclaré mi garganta—. ¿Qué es exactamente un... Capítulo?

—Paciencia, cucaracha.

—Saltamontes —dijo Mad.

—¿Estás segura? —preguntó Coco.

—Bastante segura.

–Paciencia, saltamontes –repitió Coco y se encogió de hombros.

...

Los chicos eran más que una bandada. Eran piezas de un rompecabezas, un contenedor lleno, tan improbablemente organizado como las improbables estanterías en su improbable hábitat. Me quedé ahí, secando mi hocico pinchado, la clase de chico que nunca encaja, diciendo cosas del tipo de los abrazos de lado, como *ah* y *qué*. Menos como una pieza de rompecabezas, más como la caja que las contiene.

Abrí mi mochila y saqué mis pantalones de los Mets. Papá los llamaba *Metpants*, algo que yo solía odiar.

¿Ahora? Rayos. Lo extraño.

–¿Dijiste que hay un lugar donde puedo cambiarme...?

–Sí –Mad saltó del sillón–. Vamos. Podría fumar un cigarrillo.

Con los *Metpants* en una mano, tomé mi mochila con la otra y, estaba a punto de salir, cuando Coco intervino:

–¿Qué piensas, que nos robaremos tus cosas? Como los desdichados, aborrecibles chicos pobres que somos.

Saqué mi iPod y el Visine del bolsillo lateral, dejé la mochila donde estaba e intenté no imaginarme a Coco metiendo sus pequeñas manos mugrientas dentro de la urna de papá.

–Estoy seguro de que estará bien –dije. Coco esbozó una sonrisa teatral y puso una mano en su corazón.

–Tu voto de confianza es todo para nosotros. En verdad, Despojos. Por cierto, ¿no tienes un celular ahí? ¿Con juegos y cosas?

–Lo siento –respondí–. Lo dejé en casa.

Mad me esperaba junto a la puerta, con su abrigo de arcoíris puesto y las manos en los bolsillos. También se había vuelto a poner su gorro tejido y yo sentí un repentino deseo de pintarla. Yo no era un artista, por

más que de verdad admirara el arte; solo era lo suficientemente bueno para saber que no era para nada bueno.

Ella tomó un cigarrillo de su bolsillo y se lo puso detrás de la oreja. En general, el hábito de fumar me resultaba bastante desagradable. Sin embargo, de pronto me resultó sensual, aunque no la clase de sensualidad de la fumadora sexy. Mamá y papá solían mirar *Casablanca* un promedio de una vez por semana (algo que solía odiar, que ahora extraño, etc.) y la idea de Mad fumando me resultaba más de ese estilo. Como la sensualidad de *Casablanca*. No lo sé.

Y en ese momento no estaba pensando exactamente con mi corazón o con mi cerebro. Estaba pensando con el cañón de cubierta de mi USS Ling.

[MAD] *Inhalar.*
Exhalar.
Calma.

—Oye, Harry Connick Jr., Jr. ¿Cómo es la vida en el canal?—sinceramente, si no fuera porque esa cosa inflada estaba del derecho, hubiera pensado que estaba muerta. Dejé las piernas colgando a la orilla del Canal del Pez Dorado y esperé a que Vic terminara de cambiarse y asearse. Le sorprendieron las comodidades de las que disponíamos, y no puedo culparlo. Aunque, a diferencia del invernadero, ese sector estaba totalmente desautorizado. Gunther no tenía idea de que habíamos encontrado un acceso por la ventana al baño de la tienda de regalos. No es que tuviera algún motivo para molestarse; no recuerdo la última vez que tuvo un cliente.

El cielo seguía gris, el color de una muerte lenta, pero al menos había dejado de nevar un tiempo. Encendí otro cigarrillo, justo en el momento en que Harry Connick Jr., Jr. reapareció, flotando en la dirección opuesta.

—¿Estás tomando atajos, Junior?

—¿Con quién estás hablando?

—¡Mierda! —se me cayó el encendedor por una pequeña abertura entre las maderas del puente y lo escuché zambullirse en el canal—. Chico.

—Lo siento —se disculpó Vic mientras se sentaba a mi lado, con sus jeans ensangrentados sobre su falda—. No deberías fumar, de todas formas. Produce cáncer.

Lo miré a través del humo mientras daba otra bocanada. Retuve el humo, exhalé, mantuve la mirada.

—Muchas cosas provocan cáncer.

—Cierto. Pero algunas cosas lo hacen con una tasa de efectividad más alta que otras.

—¿Qué sabes de eso?

Él bajó la vista y, en ese momento, noté lo que se había puesto: pantalones deportivos azules. Tenían un logo de los Mets sobre el muslo derecho y elástico en los tobillos, que hacía que la tela se frunciera como un ramillete alrededor de sus botas acordonadas.

—Son mis Metpants.

—¿Tus qué? —me reí largando un poco de humo.

—Metpants.

Había algo tan notablemente increíble en que Vic usara esos pantalones, como si hubiera visto la artillería que el mundo tenía contra él, se hubiera encogido de hombros y le hubiera lanzado una ballesta extra a la mayoría, por si acaso.

Metpants. Vic le enseñaba el dedo medio al mundo. Yo amaba esto.

Y justo entonces deseé haberle dado a cada uno de esos chicos del puente una patada en las bolas.

Él revoleó los ojos por un segundo, pero solo arriba y abajo, no hacia

los lados. Lo había visto hacer eso algunas veces antes, pero aún me tomaba por sorpresa.

—¿Quién es Junior? —preguntó. Como convocado por el propio dios de los peces dorados, Harry Connick Jr., Jr. apareció bajo nuestros pies.

—Ese —respondí—, es Junior. Es nuestro pez dorado. Lo bauticé Harry Connick Jr., Jr.

—¿Por el cantante?

—Sip. Y actor. Ese hombre no se rinde. Está en todos lados, especialmente en vacaciones. Como sea, este verano había docenas de peces, ahora queda solo este. Aquí, mira —señalé unos metros aguas arriba, a un objeto de color rojo que parecía una ensaladera que flotaba en el agua—. Eso es un descongelante. Mantiene el agua con una temperatura suficiente para que no se congele. El hecho es que Gunther colocó solo uno este año, lo que no es para nada suficiente. Así que, uno a uno, los peces comenzaron a morir hasta que esto se pareció más a una Plaga del Pez Dorado que al Canal del Pez Dorado. Los otros no pudieron sobrevivir.

—A excepción de Harry Connick Jr., Jr.

—El pez que no se rinde —asentí.

Inhalar.

Exhalar.

Calma.

—Me agrada su invernadero.

—Es extraño, lo sé.

—No tan extraño.

Lo miré con la clásica expresión de *¿estás bromeando?*

—De acuerdo —asintió—. Es bastante extraño. Pero agradable.

—Como sea, no es permanente; solo hasta que podamos tener algo mejor.

Inhalar.

Exhalar.

Calma.

–Solía mirar este lugar –susurró Vic y señaló al otro lado de la calle–. Me sentaba allí, en ese muro de piedra, y observaba esta plantación.

–¿De veras? ¿Alguna vez nos viste?

–Fue hace tiempo –él negó con la cabeza–. Mis abuelos solían vivir en este vecindario, pero ellos están... –se detuvo abruptamente y bajó la vista al canal–. Como sea. Pensé que se trataba de un extraño choque.

–¿Choque?

–Coincidencia.

Vic sacó su pañuelo, secó la esquina inferior de su boca y entonces vi las marcas en su muñeca derecha. Eran cinco o seis, de diferentes largos, pero todas muy delgadas. No eran cicatrices como la de mi cabeza. Y tenía una amiga en la escuela que se cortaba regularmente; no era eso tampoco. Esas parecían más leves, más superficiales, o algo.

Él tomó su iPod del bolsillo de su chaqueta, se acomodó el cabello largo detrás de las orejas y se puso los auriculares.

Fin de la conversación, supuse.

Inhalar.

Exhalar.

Calma.

–Ten –dijo y me ofreció un auricular.

–Me estás ofreciendo un auricular –comenté.

–Así es.

–Pensé que eso era algo que las personas solo hacían en las películas.

–¿Estás sugiriendo que estamos en una película?

–Eso quisiera.

—¿Cuál?

—¿Qué?

—¿En qué película te gustaría que estuviéramos? —preguntó Vic.

Había visto a otras personas —normalmente en cafeterías, o en el recientemente desaparecido café al aire libre en Henley— tener esa clase de charla fluida, como si la conversación hubiera sido planeada y memorizada antes de que las partes involucradas abrieran la boca. Yo había sido parte de algunas, pero solo con Coco; hasta entonces.

—*Apolo 13* —dije.

—*Apolo 13*.

—Claro. Tom Hanks en el espacio. ¿Qué, eres demasiado bueno para Tom Hanks en el espacio?

—Las cosas resultan terriblemente mal para Tom Hanks en el espacio si mal no recuerdo. Piénsalo, las cosas resultan terriblemente mal para Tom Hanks también en las islas desiertas.

—Por el contrario —disiento—. Tom Hanks sobrevive a ambos, al espacio y a las islas desiertas.

—Sobrevivir. ¿Esa es tu aspiración?

—Puedes estar seguro. Como sea, amo el espacio.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que amo el espacio. Agujeros negros y planetas enanos y estrellas que se desintegraron hace décadas, pero aún podemos verlas, y toda esa basura. No me canso de eso.

Inhalar.

Exhalar.

Calma.

—Ese es de hecho un concepto erróneo común —comentó Vic.

—¿Qué cosa?

—La idea de que vemos estrellas en el cielo que ya murieron y se desintegraron.

—No, estoy bastante segura de que es cierto. Por los años luz, quiero decir; si una estrella muriera, no lo sabríamos por décadas supongo.

Vic estaba en silencio, pero movía la cabeza como las personas lo hacen cuando tienen algo más que decir; o peor, cuando saben que tienen la razón y tú estás equivocado.

—De acuerdo, *Despojos*. Acaba con eso.

—Es solo que la mayoría de las estrellas viven por millones y millones de años. Nosotros vivimos por ochenta, más o menos, y solo podemos ver cinco mil estrellas a simple vista. Las probabilidades de que una de ellas muera durante mi vida son minúsculas. Posible, supongo. Pero altamente improbable.

Inhalar.

Exhalar.

Calma.

—Así que estoy intentando decidir si eres un presumido, un nerd o ambas cosas.

—No, solo me gustan los números. Como sea, ¿tú qué piensas?

—Honestamente, ya olvidé de qué estábamos hablando.

—Tal vez sea algo que las personas también hacen en la vida real —dijo y me ofreció el auricular otra vez.

Era evidente que él no aceptaría un *no* como respuesta. Suspiré, terminé mi cigarrillo y tomé el auricular.

—¿Qué estamos escuchando?

—Ya verás.

Y tenía razón. Lo vi.

Decir que la canción era hermosa sería como decir que el sol es

caliente, o que un pez está mojado, o que un millón es mucho. Era ópera, creo, o algo así, un dueto, dos mujeres, las dos entregaban su corazón y, a pesar de que era un idioma extranjero, estuve a punto de llorar, porque había algo tan familiar en sus voces, como si ellas comprendieran mi propio padecimiento personal a un nivel molecular.

Cuando acabó, le devolví el auricular y estaba a punto de preguntarle cómo se llamaba la canción cuando él habló:

—Creo que nos están observando.

Como a unos diez metros, un par de ojos desaparecieron detrás de un montículo de nieve. Un segundo después, reaparecieron, enfocados en Vic.

—Es solo Zuz —sonreí, preguntándome cuánto tiempo habría estado recostado sobre su estómago en la nieve—. Él hace eso.

—¿Hacer qué? —preguntó Vic.

—Es solo... muy protector de su familia.

—Así que, ¿Zuz te está protegiendo de... mí?

—Espía a todos los Capítulos los primeros días. Y no lo llames Zuz.

—¿Por qué no? Ustedes lo hacen.

—Por empezar, Baz no lo hace. Es decir, podría si quisiera. Se ganó ese derecho. Tú no. No aún, al menos.

—De acuerdo. Entonces ¿cómo sabré que me lo he ganado? —insistió, mirando el montículo de nieve.

—Lo sabrás.

Se hizo silencio otra vez, los dos sentados bajo el eco de una canción.

—¿Qué hay del dinero? —preguntó él.

—¿Qué con eso?

—Es decir, tienen que tener dinero para vivir, ¿cierto?

—No tanto como te hacen creer.

—¿Quiénes?

–Tú sabes. El gobierno, los medios y esas cosas. La mentalidad consumista y nuestra tendencia a ponerle precio a la felicidad –honestamente, yo no tenía idea de las estupideces que estaba diciendo, pero sonaba bien–. Como sea, hay algunos Capítulos anteriores en la ciudad que nos ayudan, y el trabajo de Baz en el cine cubre el resto. Él lleva un tiempo ahorrando. Planea abrir su propio servicio de taxis: Taxis del Renacimiento.

–Interesante –asintió Vic–. ¿Por qué un servicio de taxis?

Llevé mi cabello a un lado mientras que Harry Connick Jr., Jr. pasaba nadando tranquilamente bajo nuestros pies.

–En verdad tienes muchas preguntas.

–Tú no tienes muchas respuestas.

–Dejaré que Baz te hable de eso. Es cosa suya.

–De acuerdo. ¿Qué es cosa tuya, entonces? Coco dijo que acabas de graduarte.

Le sonreí, tomé sus jeans ensangrentados, luego me levanté y sacudí la nieve de mi costado.

–Probablemente deberíamos regresar. Llevaré estos por ti.

–Mad.

–¿Sí?

–¿Qué es un Capítulo?

Me di la vuelta y comencé a caminar de regreso a la hilera de inverna-deros, con Zuz siguiéndome de cerca.

–Paciencia, saltamontes.



Pasaron diez minutos completos hasta que Vic regresó. Durante ese tiempo, yo había dejado sus pantalones en el estante junto a los discos, todavía

insegura de por qué los tomé en primer lugar. Luego me acomodé en el sofá, en donde intenté sumergirme en *Rebeldes*, lo que normalmente no requería mucho esfuerzo, pero algo acerca de la canción de Vic había penetrado en mi cabeza, en mis venas y estaba latiendo en mi cuerpo.

Zuz estaba escuchando *Round about midnight*, de Miles Davis, en el tocadiscos mientras Coco estaba de rodillas frente a la mochila de Vic revolviendo sus cosas.

–Coke, ¿qué estás haciendo?

–Revisando si hay contrabando –sacó algunos libros y los puso sobre la mesa de café–. No conocemos al chico. Parece lindo, pero ¿y si es uno de esos hombres del ejército convertido en talibán?

–Coco, eso es ridículo –dejé el libro sobre mis piernas–. Vic *no* es talibán, y lo que sea que haya en su mochila no es *contrabando*. ¿Siquiera sabes lo que significa esa palabra?

–¿Y tú? –preguntó y echó su cabello a un costado.

Zuz chasqueó los dedos dos veces. Odiaba que discutiéramos.

Coco volvió a revisar la mochila de Vic.

–Coke, de veras, me incomoda que estés hurgando en las cosas de Vic. Él podría regresar en cualquier mo...

–¡Ajá! –exclamó al encontrar el jarrón de Vic.

A la luz del día, era obvio lo que era. Coco dejó la urna sobre la mesa de café:

–*Contrabando*.

–Lo siento –dijo una voz suave. Sucedió justo como lo había imaginado: nadie escuchó a Vic acercándose. Estaba de pie en la puerta, mirándonos–. Supongo que debo dejar de acercarme sigilosamente a las personas –en un segundo se acercó a la mesa y se detuvo ante la urna como un depredador a punto de saltar sobre su presa.

–Bueno, supongo que tenías razón –dijo Coco–. No soy una buena niña pobre.

Todos nos acercamos a Vic, como si un enorme imán invisible nos arrastrara hacia él, luego nos detuvimos a su alrededor y bajamos la vista hacia la urna.

–¿Qué es eso? –preguntó Coco–. ¿Qué hay adentro?

–Mi papá –Vic tomó su pañuelo y secó su boca.

No fue un susurro, pero podría haberlo sido.